le traicionaron, otros no correspondieron á las esperanzas que en ellos puso el Gobierno, y muy pocos fueron los que, sobreponiéndose á la adversidad y á las tentaciones de la infidencia, pudieron al cabo convertir la resistencia pasiva, anárquica y asoladora en bien meditadas campañas. Pero el mérito de Juárez no consiste sólo en haber sostenido una resistencia pasiva, ni en haber conservado una representación legal de su causa, que era la causa nacional. Fué más grande su mérito y más importante el servicio que nos prestó manteniéndose en su puesto de honor y peligro. Irreparable desastre habría sido para la nación la pérdida de la cabeza visible del Gobierno. Cada jefe militar que se rindiera, que defeccionare ó que sucumbiera habría sido en tales condiciones un fragmento arrancado á la independencia patria. Y esos jefes, mientras tuvieran las armas en la mano, habrían sido considerados, no ya por el Imperio y por Francia, sino aun por los Estados Unidos, como insurrectos sin bandera, y al caer en manos de sus adversarios, como salteadores de caminos. ¿Con quién se habría entendido y tratado el único Gobierno extranjero amigo y dispuesto á hacer algo en nuestro favor? Y aun suponiendo el caso más favorable, la retirada de los franceses y el triunfo del elemento liberal, ¡cuántas dificultades y cuánta sangre para reconstituir un Gobierno y cuánto tiempo para reconquistar el prestigio moral que Juárez ganó en Europa y América! No puede juzgarse con acierto á Juárez, si no se recuerda que en los últimos días del Imperio y en los primeros de su vuelta á la capital, dió á su obra el toque maestro, definitivo y característico, el que se lleva toda nuestra admiración y gratitud, y por último, el que hace de nuestro grande hombre, el gobernante por excelencia, fundador de una tradición. «Completó su evolución», mas no en el sentido que le da á esa palabra el orador á quien nos hemos referido, pues no volvió Juárez como dice el mismo orador al punto de donde partió, que es el sentido desusado ya de la palabra evolución: «completó su evolución» logrando el pleno desarrollo orgánico de una institución cuyo germen había caído en el surco diez años antes. Diez años antes recibió en depósito la carta política recientemente firmada y ya traicionada; esa carta contenía ideales y aspiraciones, promesas nada más. Era un símbolo por el que morían los liberales mexicanos, pero Juárez hizo de ella una institución viva, con su amor y con sus actos heroicos. Animó las formas de la ley con su alma inmensa, y las hizo pasar á la conciencia popular como partículas de su propia individualidad. De un libro de preceptos hizo una epopeya. Y el libro de forma casi lírica, pero de fondo sólido como el *Habeas corpus* de donde dimana transformándose el admirable recurso de amparo, no necesitaba sino ser sustancia del ser nacional para no correr la suerte de las constituciones escritas, efímeras por ser «justiciables ante la lógica.» Pero era necesario algo más, y eso también lo hizo Juárez. Al asociarla á nuestra historia, asoció la Constitución á nuestro propio carácter, é infundió en ella su hálito potente. Nació nuestra carta política con un vicio radical: fué hecha para asambleas soberanas y para un Poder Ejecutivo encadenado, irrisorio. Juárez, sin romper la Constitución ni arrinconarla,—lo que habría sido funesto,—sino amándola, defendiéndola y entregando su bienestar y su vida á la causa constitucional, creó la tradición de la dictadura con los hechos, mientras estuvo suspenso el régimen legal, y cuando volvió, por el renacimiento de la paz á regir la ley suprema, inició su reforma demostrando que era perfectible. Fué así el creador de un elemento nuevo de gobierno en nuestra historia: la dictadura civil. El Jefe de la Nación necesitaba una gran suma de facultades para consolidar la paz: pero la Nación debía otorgarlas como un depósito, no enajenarlas como una abdicación. Ahí está el dinamismo de nuestra vida pública; el secreto de la responsabilidad de nuestro gobierno ante la Nación y ante el extranjero. Se aproximaba el triunfo de la República sobre el Imperio; Juárez volvía á la capital; el poder militar estaba en manos de generales que con patriotismo austero y anticipándose á la frase de Gordon: «Un soldado no puede hacer más que lo que el deber exige», con el mismo espíritu de subordinación á la autoridad suprema, que si hubieran recibido de ella, y no organizado por sí mismos, la fuerza que ponían á su disposición, renunciaron el mando. Pero quedaba un elemento hostil al Presidente: los gobiernos locales, que tenían la fuerza del dinero, por ser sus recursos superiores á los de la Federación, y que se coaligaron para imponerse por medio del obstruccionismo parlamenrio. Juárez dominó esta nueva dificultad, como siempre, dirigiéndose al punto en que radicaba el peligro. Se elogia su valor, se elogia su energía y se elogia sobre todo su constancia. Más grande que por esas cualidades fué sin duda por otra que hizo valer aquellas: el sentido infalible de las realidades y el instinto para desentrañar los datos de todo problema político. Comprendió que

la Constitución era el arca santa de sus peregrinaciones y que destrozarla sería suicidarse; comprendió que reformarla ante una Asamblea hostil—y sería hostil la Asamblea—era imposible. Gobernar con ella, ni que intentarlo, mientras no diera medios de acción al Ejecutivo. Juárez apeló al pueblo en su famosa Ley—Convocatoria tan mal comprendida por la crítica chabacana y verbosa, y tan celebrada hoy por la crítica seria. Fué la última siembra cuyos frutos no había de recoger. Pero su obra de precursor, como su obra de creador, estaba concluida; constituido en lo fundamental un Estado sólido y respetable, y una pobre nación, presa en las ligaduras de la teocracia pocos años antes, arrojada por su mano audaz al torrente de la civilización; á las luchas y á los peligros de la selección universal. El punto de vista analítico desde el cual hemos considerado los servicios de Juárez, nos ha permitido apreciar sólo de una manera fragmentaria, actos, virtudes, resultados; nos queda por ver la personalidad en su eterna actitud histórica. Grandes fueron los servicios que Juárez prestó en vida á la República, inmenso es el que presta á la Nación después de su muerte. El nos ha dado un modelo, de su insuperable grandeza heroica. Juárez no es el representante de las potencias virtuales de una raza abatida; es la figura nacional por excelencia, el símbolo en que se unifican é idealizan los elementos nacionales; fué un indio excepcional, pero en la historia es el primer mexicano. Su estatura se agiganta con los años, y sin embargo, no se pierden las líneas de su fisonomía: no es legendario como Juana d'Arc ó como Pelayo. Hemos venido demasiado tarde á la vida histórica para que nuestro ser colectivo tenga por representante simbólico un personaje imaginario, creación del alma popular. Todo lo contrario: Juárez cada día es más real; más humano, más hondamente analizado, y del estudio de su vida recibimos la luz de la convicción y la fuerza del deber. Con su enorme programa reconstructor, es una corriente viva que cruza nuestra historia como un río, como un Nilo sagrado, amplio, turbio, rico, que fecundiza sus riberas con el incesante arrastre de substancias benéficas.

EL GOBIERNO DE JUAREZ

Y LAS IDEAS NAPOLEONICAS.

Sachons être une *postérité*, c'est-à-dire un jug erespectueux, certes, mais clairvoyant et juste avant tout.....

Emile Faguet (*Le centenaire de Sainte-Beuve.*)

Un libro de historia que comienza como un cuento de Perrault.

Si es perdonable á la impotencia crítica de Pablo Gaulot que en sus juicios sobre la obra de Luis Napoleón, pierda toda idea directiva y presente como explicación del fracaso memorable que sufrió el segundo imperio en su política exterior la complejidad de los problemas Napoleónicos; si en un libro cuyo valor histórico radica sólo en la importancia de sus revelaciones, es fácil aislar las conclusiones del autor y ver en él simplemente á un editor afortunado de datos que presentan en toda su verdad la conducta